

que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA.

Vamos de aqui, que puede venir alguien y.....

DOÑA FRANCISCA.

Sí, vámonos..... Vamos á llorar..... ¡Y en qué situacion me deja!..... ¿Pero ves qué malvado?

RITA.

Sí señora, ya lo conozco.

DOÑA FRANCISCA.

¡Qué bien supo fingir!..... ¿Y con quién? Conmigo..... ¿Pues yo merecí ser engañada tan alevosamente?..... ¿Mereció mi cariño este galardon?..... ¿Dios de mi vida! ¿Cuál es mi delito, cuál es?

(Rita coge la luz, y se van entrambas al cuarto de Doña Francisca.)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

(Teatro obscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada y la jaula del tordo. Simon duerme tendido en el banco. Sale Don Diego de su cuarto acabándose de poner la bata.)

DON DIEGO. SIMON.

D. DIEGO.

Aqui, á lo menos; ya que no duerma no me derretiré..... Vaya, si alcoba como ella no se..... ¿Cómo ronca este!..... Guardémosle el sueño hasta que venga el dia, que ya poco puede tardar.....
(Simon despierta, y al oír á Don Diego se incorpora y se levanta.) ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMON.

¿Qué estaba usted ahí, señor?

D. DIEGO.

Sí, aqui me he salido, porque alli no puedo parar.

SIMON.

Pues yo, á Dios gracias, aunque la cama es algo dura, he dormido como un emperador.

D. DIEGO.

Mala comparacion. Dí que has dormido como un pobre hombre, que no tiene ni dinero, ni ambicion, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMON.

En efecto, dice usted bien. . . . ¿Y qué hora será ya?

D. DIEGO.

Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y si no conté mal, dió las tres.

SIMON.

¡Oh! pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

D. DIEGO.

Sí, ya es regular que hayan salido. . . . Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMON.

¡Pero si usted viera qué apesadumbrado le dejé, qué triste!

D. DIEGO.

Ha sido preciso.

SIMON.

Ya lo conozco.

D. DIEGO.

¿No ves qué venida tan intempestiva?

SIMON.

Es verdad. . . . Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente. . . . Vamos, hizo muy mal. . . . Bien que por otra parte él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta lijereza. . . . Digo. . . . Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿eh?

D. DIEGO.

¡No, qué! No señor. Una cosa es que le haya hecho volver. . . . Ya ves en qué circunstancias nos cogia. . . . Te aseguro que cuando se fue me quedó un ánsia en el corazón. *(Suenan á lo lejos tres palmadas, y poco despues se oye que puntean un instrumento.)* ¿Qué ha sonado?

SIMON.

No sé. . . . Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

D. DIEGO.

Calla.

SIMON.

Vaya, música tenemos según parece.

D. DIEGO.

Sí, como lo hagan bien.

SIMON.

¿Y quién será el amante infeliz que se viene á puntear á estas horas en ese callejon tan puerco?... Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

D. DIEGO.

Puede ser.

SIMON.

Ya empiezan, oigamos..... *(Tocan una sonata desde adentro.)* Pues dígole á usted que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

D. DIEGO.

No, no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

SIMON.

¿Quiere usted que nos asomemos un poco, á ver.....

D. DIEGO.

No, dejarlos..... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe

la importancia que darán ellos á la tal música!.... No gusto yo de incomodar á nadie.

(Sale de su cuarto Doña Francisca y Rita con ella. Las dos se encaminan á la ventana. Don Diego y Simon se retiran á un lado y observan.)

SIMON.

Señor..... ¡Eh!.... Presto, aquí á un ladito.

D. DIEGO.

¿Qué quieres?

SIMON.

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele á faldas que trasciende.

D. DIEGO.

¿Sí?.... Retirémonos.

ESCENA II.

DOÑA FRANCISCA. RITA. DON DIEGO. SIMON.

RITA.

Con tiento, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

¿Siguiendo la pared no voy bien?

(Vuelven á probar el instrumento.)

RITA.

Si señora..... Pero vuelven á tocar..... Si-
lencio.

DOÑA FRANCISCA.

No te muevas. . . . Deja. . . . Sepamos primero si es él.

RITA.

¿Pues no ha de ser? . . . La seña no puede mentir.

DOÑA FRANCISCA.

Calla. . . . *(Repiten desde adentro la sonata anterior.)*

Sí, él es. . . . ¿Dios mio! . . . *(Acércase Rita á la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.)*

Ve, responde. . . . Albricias, corazón. Él es.

SIMON.

¿Ha oído usted?

D. DIEGO.

Sí.

SIMON.

¿Qué querrá decir esto?

D. DIEGO.

Calla.

DOÑA FRANCISCA.

(Doña Francisca se asoma á la ventana, Rita se queda detrás de ella. Los puntos suspensivos indican las interrupciones más ó menos largas que deben hacerse.)

Yo soy. ¿Y qué había de pensar viendo lo

que usted acaba de hacer? . . . ¿Qué fuga es esta? . . . Rita *(Apartándose de la ventana, y vuelve después.)*, amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algun rumor, al instante avísame. . . . ¿Para siempre? ¿Triste de mí! . . . Bien está, tírela usted. . . . Pero yo no acabo de entender. . . . ¿Ay! Don Felix, nunca le he visto á usted tan tímido. . . . *(Tiran desde adentro una carta que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademan de buscarla, y no hallándola vuelve á asomarse.)* No, no la he cogido, pero aquí está sin duda. . . . ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el día los motivos que tiene usted para dejarme muriendo? . . . Sí, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda. . . . ¿Y cómo le parece á usted que estará el mio? . . . No me cabe en el pecho. . . . Diga usted.

(Simon se adelanta un poco, tropieza en la jaula y la deja caer.)

RITA.

Señorita, vamos de aquí. . . . Presto, que hay gente.

DOÑA FRANCISCA.

¡Infeliz de mí! . . . Guíame.

RITA.

Vamos. *(Al retirarse tropieza Rita con Simon. Las dos se van apresuradamente al cuarto de Doña Francisca.)* ¡Ay!

DOÑA FRANCISCA.

¡Muerta voy!

ESCENA III.

DON DIEGO. SIMON.

D. DIEGO.

¿Qué grito fue ese?

SIMON.

Una de las fantasmas, que al retirarse tropezó conmigo.

D. DIEGO.

Acércate á esa ventana, y mira si hallas en el suelo un papel. ¡Buenos estamos!

SIMON.

No encuentro nada, señor.

(Tentando por el suelo cerca de la ventana.)

D. DIEGO.

Búscales bien, que por ahí ha de estar.

SIMON.

¿Le tiraron desde la calle?

D. DIEGO.

Sí. ¿Qué amante es este? ¡Y diez y seis años, y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusión.

SIMON.

Aqui está.

(Halla la carta y se la da á Don Diego.)

D. DIEGO.

Vete abajo y enciende una luz. En la balleriza, ó en la cocina. Por ahí habrá algun farol. Y vuelve con ella al instante.

(Vase Simon por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

DON DIEGO.

¿Y á quién debo culpar? *(Apoyándose en el respaldo de una silla.)* ¿Es ella la delincuente, ó su madre, ó sus tías, ó yo? ¿Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por mas que lo procuro, no la sé reprimir? ¡La naturaleza la hizo tan amable á mis ojos! ¿Qué

esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué felicidades me prometia!.... ¡Zelos!.... ¡Yo?.... ¡En qué edad tengo zelos!.... Vergüenza es.... ¡Pero esta inquietud que yo siento, esta indignacion, estos deseos de venganza de qué provienen? ¡Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que....
(*Advirtiendo que suena ruido en la puerta del cuarto de Doña Francisca, se retira á un extremo del teatro.*) Sí.

ESCENA V.

RITA. DON DIEGO. SIMON.

RITA.

Ya se han ido.... (*Rita observa, escucha, asómase despues á la ventana, y busca la carta por el suelo.*) ¡Válgame Dios!.... El papel estará muy bien escrito, pero el señor Don Felix es un grandísimo picaron.... ¡Pobrecita de mi alma!.... Se muere sin remedio.... Nada, ni perros parecen por la calle.... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido! ¡Y este maldito papel?... Pues buena la hiciéramos si no pareciese.... ¡Qué dirá?... Mentiras, mentiras, y todo mentira.

SIMON.

Ya tenemos luz....

(*Sale con luz. Rita se sorprende.*)

RITA.

¡Perdida soy!

D. DIEGO.

¡Rita! ¡Pues tú aquí? (*Acercándose.*)

RITA.

Sí señor, porque....

D. DIEGO.

¡Qué buscas á estas horas?

RITA.

Buscaba.... Yo le diré á usted.... Porque oímos un ruido tan grande....

SIMON.

¡Sí, eh?

RITA.

Cierto.... Un ruido y.... Y mire usted (*Alza la jaula que está en el suelo.*), era la jaula del toro.... Pues la jaula era, no tiene duda.... ¡Válgate Dios! ¡Si se habrá muerto?... No, vivo está, vaya.... Algun gato habrá sido. Preciso.

SIMON.

Sí, algun gato.

RITA.

¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía.

SIMON.

Y con mucha razon..... ¿No te parece, si le hubiera pillado el gato.....

RITA.

Se le hubiera comido.

(Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.)

SIMON.

Y sin pebre..... Ni plumas hubiera dejado.

D. DIEGO.

Tráeme esa luz.

RITA.

¡Ah! Deje usted, encenderemos esta *(Enciende la vela que está sobre la mesa.)*, que ya lo que no se ha dormido.....

D. DIEGO.

¿Y Doña Paquita duerme?

RITA.

Sí señor.

SIMON.

Pues mucho es que con el ruido del tordo.....

D. DIEGO.

Vamos.

(Don Diego se entra en su cuarto. Simon va con él llevándose una de las luces.)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA. RITA.

DOÑA FRANCISCA.

¿Ha parecido el papel?

RITA.

No señora.

DOÑA FRANCISCA.

¿Y estaban aqui los dos cuando tú saliste?

RITA.

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz, y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles.

(Rita coge la luz y vuelve á buscar la carta cerca de la ventana.)

DOÑA FRANCISCA.

Ellos eran sin duda..... Aqui estarian cuando yo hablé desde la ventana..... ¿Y ese papel?

RITA.

Yo no lo encuentro, señorita.

DOÑA FRANCISCA.

Le tendrán ellos, no te canses..... Si es lo

único que faltaba á mi desdicha. No le busques. Ellos le tienen.

RITA.

A lo menos por aquí.

DOÑA FRANCISCA.

¡Yo estoy loca! (*Siéntase.*)

RITA.

Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera.

DOÑA FRANCISCA.

Cuando iba á hacerlo, me avisaste y fue preciso retirarnos. ¿Pero sabes tú con qué temor me habló, qué agitacion mostraba? Me dijo que en aquella carta veria yo los motivos justos que le precisaban á volverse: que la habia escrito para dejársela á persona fiel que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme sería imposible. Todo engaños, Rita, de un hombre aleve que prometió lo que no pensaba cumplir. Vino, halló un competidor, y diria: pues yo ¿para qué he de molestar á nadie, ni hacerme ahora defensor de una muger?.... ¡Hay tantas mugeres!.... Cásenla. Yo nada pierdo.

Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz. ¡Dios mio, perdon!.... ¡Perdon de haberle querido tanto!

RITA.

¡Ay señorita! (*Mirando hácia el cuarto de Don Diego.*) que parece que salen ya.

DOÑA FRANCISCA.

No importa, déjame.

RITA.

Pero si Don Diego la ve á usted de esa manera.

DOÑA FRANCISCA.

Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer?.... ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?.... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII.

DON DIEGO. SIMON. DOÑA FRANCISCA. RITA.

SIMON.

Voy enterado, no es menester mas.

D. DIEGO.

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al